

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El fin último del hombre.

(Continuacion.)

Ha sido creado el hombre para que una vez conocido, amado y poseído el sumo bien, goce en dias eternos tan rica herencia y se deleite en la contemplacion de las perfecciones infinitas. *Creatus est homo, ut summum Bonum possidendo frueretur.*

Tal es el fin sobrenatural del hombre redimido por el sacrificio de la Cruz, y elevado gratuitamente por la gracia al conocimiento, al amor, á la posesion y goce eterno de bienes tan grandes, de dichas y alegrías tan superiores á nuestra naturaleza que «ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios

preparadas para aquellos que le aman.» (1)

Reconoced la bondad infinita de Dios y el alto honor para el cual sin mérito alguno hemos sido creados. Pudo darnos el Señor una existencia de pocos dias, un destino como el de los animales, un fin como el de las plantas, cifrado en vivir unos instantes para caer convertidos en polvo sobre este planeta; pudo el Señor crearnos para un fin natural y darnos medios naturales, de modo que no alcanzaríamos el bien sumo sino de una manera natural; pero Dios determinó comunicarnos su vida y hacernos partícipes de su misma felicidad. Dios nos ha creado con tanto amor que arrancados del seno de la nada y obedientes á

(1) 1.^a Cor cap. II, 9.

la fuerza de atracción que nos llama á nuestro último término debemos llegar á unirnos con la esencia infinita, á descansar eternamente en el seno de nuestro Padre, á gozar de su misma dicha, á vivir por siglos eternos en ese Océano inmenso de perfección y bienaventuranza. Nuestras aspiraciones son á lo Eterno, á lo Infinito. Dios ha puesto en nuestro corazón estas nobilísimas aspiraciones, y bien sabemos por la experiencia, que nuestra alma se halla en tortura y no se verá satisfecha hasta que descansa en Dios. Podríamos gozar de este reposo, contemplando en el espejo de las criaturas la Belleza increada: esto es lo único que exige nuestra naturaleza. Mas Dios nos ha criado para sí, *propter semetipsum*: ha visto que un bien natural, que todos los bienes naturales no pueden colmar el abismo de nuestros deseos: por eso quiere llevarnos á su seno para aumentar nuestra inteligencia de su misma esencia y saciar nuestro corazón de su misma felicidad. Dios, en suma, ha querido ser nuestro fin, como es su fin mismo, con esta sola diferencia, dice un reputado orador, que Él es su fin por naturaleza y necesidad, y es nuestro fin por un

don gratuito de su infinita generosidad.

No solamente es para nosotros un honor incomparable el haber sido llamados á servir á Dios, sino que ese honroso servicio es condición necesaria y sólida garantía de nuestra eterna bienaventuranza. Sí; gozaremos eternamente del sumo Bien, si servimos temporalmente á Dios, creyendo las verdades que nos ha revelado, cumpliendo las leyes que nos ha impuesto, cultivando con fruto los dones de su amor, y anteponiendo su gloria y nuestra dicha á todos los bienes terrenos. Levantad la vista sobre el sol y los astros, y contemplad con el ojo limpio de la fé la celestial Jerusalem. Allí está el lugar de nuestro descanso; allí reside el Señor de la gloria; allí está el sumo Bien, el Dios de nuestra fé, el Dios de nuestra esperanza, y el Dios de nuestro amor, sér sin principio y fuente de todo sér, simplicidad perfecta y plenitud infinita, unidad invisible y multiplicidad misteriosa, Unidad esencial, y Trinidad personal, término dichoso de nuestra alma, sedienta de felicidad. No perdamos de vista el sumo Bien que es Dios. En todos nuestros deseos, pensamientos, palabras y obras pongamos la mira

de servir á Dios, agradar á Dios, merecer su gracia y conseguir su gloria. La vista del cielo, la presencia de Dios, el deseo de agradecerle y la esperanza de poseerle han producido los santos, estos frutos de oro que ostenta el gran árbol del Catolicismo. Esa fé alimentada con la esperanza y robustecida con la caridad animaba á los apóstoles en sus trabajos, á los mártires en sus tormentos, á los confesores en sus penitencias, á las vírgenes en su retiro, á los Doctores en sus vigili-
 as y á los apologistas en sus combates científicos.

¿Qué hacemos nosotros, discípulos de Cristo, hijos de Dios, y ciudadanos de los Santos? ¿Buscaremos con afán los goces terrenos, indignos de nuestro nobilísimo espíritu como si ellos fuesen el fin último de nuestra existencia? ¿A dónde vamos? ¿*Quò vadis?* Vamos á Dios por los caminos de Dios. Esta es nuestra vocación. Viajeros del tiempo aprovechemos los medios que Dios nos concede para arribar felizmente á las risueñas playas de la eternidad.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

El que dá á los pobres.....

(Continuacion.)

V.

—Está muy bien, mi jóven amigo! exclamó Mr. Michel Faron, cuando el criado anunció á su dependiente; sí, está muy bien! Sois la puntualidad misma, y á mi me gustan los hombres exactos.... Os he tratado, sin duda, con algo de rudeza esta mañana; dispensadme.... Sufris, acaso, hijo mio? Os veo pálido....

—Gracias, Señor, me encuentro muy bien, respondió Alberto, á quien atormentaba cruelmente el hambre: cosa que no tenia nada de extraordinario; porque la víspera se habia visto precisado á renunciar tambien á la comida, para satisfacer con su importe el coste de un asiento de ómnibus, para ir á desempeñar no sé que comision, al otro extremo de París.

—Tenemos que hablar, continuó el comerciante, y que hablar seriamente...

—Os habré disgustado acaso sin quererlo?

—Oh! no, seguramente; tranquilizaos... Y como necesitamos algun tiempo para entendernos, he pensado será mejor que almorceis conmigo.

—Sois demasiado bueno, Señor..!

—Y apuesto á que almorzareis con buen apetito...

—Pero....

—Vamos, hijo mio, añadió tendiéndole la mano, no os turbeis por tan poca cosa... Sí, almorzareis conmigo, hoy y todos los días, mientras estéis en mi

casa; lo que espero será por mucho tiempo.

Al principio Alberto, admirado y confundido á la vez, apenas pudo balbucear algunas frases de agradecimiento; pero cuando hubo almorzado con su principal, en aquel alegre saloncito, al calor de la chimenea que le recordaba la casita en que habia sido criado, allá abajo, en el mallissol, se atrevió á preguntarle, á qué debia un favor que nunca hubiera esperado merecer.

—Ah! sí, lo mereceis en verdad, le contestó su principal, por vuestro excelente comportamiento y vuestra laboriosidad... Mas debo confesaros que, ayer mismo, recibí una larga carta de vuestro buen párroco; en la cual me hablaba extensamente de vos... Parece que sois un nieta modelo...

—Señor!...

—Yo ignoraba que todos los meses separabais en primer término, de vuestro sueldo, cuarenta francos, para enviárselos á vuestra abuela: lo supe ayer, y os felicito por vuestra piedad filial.

Alberto trató de explicar su conducta. Según él no hacia mas que cumplir un deber. Y luego, amaba tanto á aquella abuela que habia sido su segunda madre! Toda su dicha, todo su consuelo en aquel bullicioso París, á que apenas lograba habituarse, consistia en pensar que, gracias á él, no sufriria privacion alguna en los últimos años de su vida.

Cuando se sentia fatigado, aburrido, desalentado, su imaginacion volaba, aprisa, aprisa, hácia el pueblecillo que lo vió nacer, y se refugiaba otra vez con el pensamiento, en el rincón del hogar en que

jugara cuando niño; cerca de la abuela cuya voz debilitada, era suficiente sin embargo para darle fuerzas y aliento.

Oh! sí; amaba tanto á su país y á su abuela! Alberto habló de ellos largo tiempo con un entusiasmo tan ingénuo y tan atractivo, que Mr. Michel Faron no pensó siquiera en interrumpirle.

Los recuerdos de la infancia que el joven evocaba ante sus ojos, y se le aparecian con la frescura y los colores de la primavera, lo encantaban; despertando en el fondo de su corazón otros recuerdos, que él creia dormidos para siempre.

Ah! cuán bellos son la juventud y el entusiasmo!

Mr. Faron no pudo menos de decir á Alberto, estrechándole la mano:

—Seguid trabajando siempre, y portándoos como hasta ahora, y no olvidéis que todos los días se pondrá un cubierto para vos en mi mesa. Esto no es una invitacion, es una orden que os doy... Me ofenderiais si rehusárais. Me intereso por vuestra abuela, tanto casi como por vos: así podreis ayudarla mas fácilmente, dentro de poco aumentaré vuestro sueldo...

—Os debó toda mi gratitud, desde el día en que os dignásteis admitirme entre vuestros empleados; cómo podré pues, Señor deciros ahora?...

—Vamos, vamos, le interrumpió el principal: he oido decir muchas veces que, en este mundo, las gentes poco escrupulosas son mas afortunadas, que las que proceden honradamente. Pues bien, mi joven amigo, espero que vos seréis una prueba de lo contrario, como lo he sido yo tambien, y muchos otros antes que yo.

—No hay en la tierra un hombre mejor que vos! exclamó Alberto. Qué haré yo, Señor, para probaros mi reconocimiento?

—Os acordareis, mi buen amigo, de que es preciso siempre, y suceda lo que quiera, seguir rectamente su camino, trabajar, y hacer todo el bien que se pueda... Por qué no he de deciroslo? Os he visto dar á una pobrecilla, esta mañana, el panecillo que debía ser vuestro almuerzo... Esto me ha conmovido... No os ruboricéis... Ved pues como la caridad nos hace dichosos.

—Cuando nuestro buen cura de Mallissol me enseñaba el catecismo, respondió Alberto, decía muchas veces: «El que dá á los pobres, presta á Dios.»

—Sí, replicó sonriendo Mr. Faron, eso es cierto;... aunque no debemos esperar suceda siempre en la tierra.... Pero, poco importa; hagamos el bien por Dios, que si El no nos lo premia en este mundo, nos deberá los intereses en el Cielo!

J. BARANCY.

CUADROS AL FRESCO.

I.

Mis guantes, mi abanico, el rosario de oro, el sombrero, el carruaje... ¡ah, torpes!

Subiendo á la berlina:

—La una; ya empezó la Misa, Bautista, á escape.

En la Iglesia, tomando agua bendita con tres milímetros del dedo índice enguantado:

—¡Jesús, ya en el Evangelio...! Pero

la intencion Dios la ve, y ya no hay otra Misa. Allá está Adela.

Pasa atropellando, quitando la devoción y revolviendo á todos. Por fin se arrodilla junto á su amiga, haciendo un garabato igual que cuando tomó agua bendita, y por el que es bien seguro no echarla á correr el diablo, pues no es signar ni santiguar, ni cruz ni barruz. Permanece incada un poquito, y se sienta precisamente al toque del *Santus*, esto es, cuando se debería arrodillar, si bien para la que solo oye una Misa rezada cada ocho días no sería un sacrificio horrible permanecer arrodillada toda ella.

—Buenos días, Adela; ¿cómo estas? Yo, ya ves, llena de quehaceres, de importunidades, de doncellas que para nada sirven. Me han traído los guantes verdes en vez de los de color de violeta, que también sientan á este traje y después poniéndome la mantilla parecía que se habían propuesto que no llegara á Misa, y el cochero no había enganchado y.....

La campanilla del monaguillo toca á la elevación, y ambas señoras se desplomán de rodillas. Terminada ya, se levantan y se arrellanan en sus asientos, apabullando la chistera flamante de un gomoso que detrás del banco se hallaba, y confió demasiado en la piedad de estas damas.

—Dispense usted caballero; pero la, si.....

—No es nada, señora; y volviéndose á un amigo le dice:

—Voy á salir hecho un *clown*. Lo ha puesto como una tortilla.

—Y eso que es muy aérea, replica su amigo.

Adela, tapándose con el abanico para que no la vean reír:

—Ese hombre se acordará de ti toda su vida: ¡ja, ja..!

El sacerdote da la bendición. Las damas vuelven á hacer varios signos cabalísticos sobre su frente.

—Terminó la Misa. Adios, me estan esperando para almorzar y despues ir al Prado. Que te vea en el Real. Hasta la noche.

Se separan, y se quedan tan frescas diciendo que han estado en Misa.

Leon Abadias.

—=—
Sentencia.—La Sala segunda de la Audiencia de Sevilla ha condenado al desdichado director de *El Excomulgado* á tres años y siete meses de prision correccional y multa de 500 pesetas por el delito de escarnio de los dogmas y Sacramentos de la Iglesia. No hace mucho tiempo habia sido tambien condenado por la misma Sala á cuatro años, diez meses y 2.500 pesetas de multa por otro articulo atentatorio á la religion, publicado en dicho periódico.

—=—
El descanso del domingo.—Ha muerto en Ginebra, en el mes de Enero último, Alejandro Lombard, el cual ha sido enterrado sin pompa apenas, en el Campo-Santo de la ciudad; mas hace pocos dias que ha llegado Ginebra á un empleado de Correos de Suiza, encargado de colocar, cerca de la tumba de Lombard, un árbol (Tejo), del cual pende en una plancha de hierro la siguiente inscripción:

«Los empleados de correos de Lausa-

nia y Ginebra han plantado este árbol como muestra perenne de gratitud á

ALEJANDRO LOMBARD

que trabajó y luchó toda su vida para obtener de la ley humana el dia de descanso, que semanalmente les otorgó la ley divina.»

—=—

Confesiones preciosas.—Ante el Municipio de París y en plena sesion el Dr. Despres, cirujano de la Beneficencia, ha dicho con asombro de todos los concejales:

«El dar casa á las familias de los servidores del hospital, á lavanderas y repasadoras será motivo de llegar pronto á la situacion que yo temia, convirtiendo los hospitales en asilos de empleados. Esto sucede ya en la Salpetriere, en Bicetre, en Laénneec, convertidos ya en depósitos de inútiles vigilantes, á los que pagais, alojais y manteneis, aumentando los gastos generales que arruinarán á los hospitales.

»Demasiado comprometidos, todavia es pronto para que deshagais por ahora vuestras hechuras, pero llegará el dia no muy lejano, en que las Hermanas vuelvan á los hospitales, éstos se hallarán prósperos y bien servidos como ántes, y ese dia será aquel en que hayais recobrado la razon, el director de la asistencia sea libre para elegir el personal y termine el actual despotismo.»

—=—
Oh! los dichosos trapos!

I.

—=—
Mi historia, porque lo es esta relacion, notadlo bien, mi historia comienza in-

roduciéndoos en la mas linda casa que he visto en mi vida. El marido, Mr. Martín, tiene treinta y cinco años; su mujer, Emelina, ha cumplido veinte y ocho; están casados hace ocho años y tres hijos alegran el hogar. Vedlos jugando reunidos sobre un ancho tapiz en medio del pequeño salon.

Estamos en invierno, en pleno invierno, muy cerca del primer día del año. La familia acaba de comer; siguiendo la buena costumbre de la casa, Mr. Martín y su mujer pasan la velada en el salon; el marido, sentado en una silla, junto á la chimenea, fuma un cigarro, mirando á su mujer, colocada en frente de él.

—Pero, mi buen Carlos, dice ella, qué es lo que te sucede hoy? pareces otro; olvidas tu café, tus hijos te hablan, yo misma te pregunto y no respondes. Estás enfermo?

—Yo? No, responde el marido saliendo de su distraccion. Eres muy perspicaz, querida amiga...! Persigo una idea que me inquieta.

—Oh! cuéntamela, la perseguiremos juntos y es posible que descubramos no es tan terrible como te parece.

—Pues bien, óyeme. Un abogado, como tu sabes, trata con gentes de todas clases, en su despacho, como en el confesionario, se oyen secretos extraños. Hoy, una mujer que tu conoces, pero que no puedo nombrarte, ha venido á consultarme, diciéndome: «Estoy casada hace muchos años; mi marido es un hombre muy distinguido; le he amado y le amo con todo mi corazón. Reuníamos todo lo necesario para ser dichosos: fortuna, afeccion mútua, hijos inteligentes,

semejante dicha no podia durar; y, en efecto, he sabido estos días que mi marido ha adquirido la funesta costumbre de jugar á la bolsa, sus pérdidas son enormes, segun me dicen. ¿Qué haré para salvar la fortuna de mis hijos?...»

Carlos se detuvo al decir estas palabras; Emelina, viendo que él no queria continuar, le dijo.

—Hijo, esto es lo que tenias que decirme? No sospecho que es lo que puede, con tal motivo, excitar tus preocupaciones.

—Entonces no comprendes lo que hay de verdad en la frase de esa desgraciada madre: *la excesiva dicha no puede durar...* Ella lo experimenta hoy; y nosotros ¿no lo veremos otro día?

—Lo que tu dices no está bien: desconfías de la Providencia?

—No, yo no desconfío; pero no puedo olvidar que la tierra es un lugar de pruebas; ¿cuáles son las ^{nuestras} en este momento?... Veamos, Emelina, cuéntame tus cuitas.

—Tengo algunas, no por causa tuya, que eres un marido modelo, sino por causa de ese ó aquella: Alfredo es muy débil de salud y Marta me contraria por sus vivezas, que indican un carácter especial.

—Esas son niñerías! Para mí, lo veo con temor; por mas que busco, no encuentro un motivo de pesar.

—Verdaderamente! No trabajas acaso demasiado?

—Esto me divierte.

—Y yo, ¿no te disgusto con mis aficiones domésticas? Este sacrificio que me has hecho de prescindir del mundo por-

que no quiero introducirme en él, no es nada?

—Nada; has obrado según mi secreto deseo: una velada como ésta vale más para mí que todos los bailes. Sí, sí, nuestra vida presente me gusta tanto que vuelvo á decirme: me espanta y, como todas las personas espantadas, estoy hecho un bobo.

—Vamos, atrévete, mi querido cobarde, tienes aun que decirme una nueva locura: dímelas pronto.

—Es extraño como lees en el fondo de mi alma; no hay medio de ocultarte nada. Pues bien la venida de mi hermana me dá miedo.

—Pobre Cecilia! Si ella lo supiera, no se alegraría de dejar la capital por venir á pasar 15 días con nosotros!... Pero, en fin, ¿qué es lo que temes de esta visita?

—Todo en general, nada en particular.

—Qué tono de oráculo!... Es preciso, pues, que te adivine, ya que no quieres explicarte. Pero esto es muy delicado; Cecilia es tu hermana, una hermana tiernamente amada; si viene, es cediendo á tus repetidas invitaciones; porque prefiere mucho más París á las provincias.

—Sí, y esto ya no me importa poco. Mi buena Emelina, estaría mal en mi dejarte en la incertidumbre; te amo, sobre todo te aprecio demasiado, para ocultarte nada: el trato de Cecilia contigo me inquieta. Es decir, que juzgo á Cecilia de una manera completamente desfavorable... Oh! no Cecilia es una mujer inteligente, una mujer de corazón: habiendo quedado ambos casi sin fortuna, hemos permanecido siempre unidos y di-

chosos, hasta el día en que nuestro primo, seducido por su rara belleza, se casó con ella. Leon, tu lo sabes, es rico, muy rico; ama locamente á su mujer; ella es dueña absoluta de su marido. Ahora Cecilia, brillante mujer en la medianía, no tiene esa virtud, ese criterio, que son los únicos capaces de enseñar á hacer uso modestamente de la fortuna. Lo que me dicen de ella, sus cartas, todo me anuncia que la Cecilia de hoy no es la Cecilia de antes: ama el mundo, ama el lujo...!

Mr. Martín habría acabado sin duda la expresión de su pensamiento; pero los niños, que se ocupaban muy poco en tan serio coloquio, se arrojaron sobre su padre; y se pasó el resto de la velada como se pasaba cada día en esta dichosa familia, entre juegos y risas á los cuales mezclaba el padre de vez en cuando alguna lección oportuna...

(Se continuará.)

Colección

DE

Sermones, homilias y panegíricos,
obra original
escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.